XVII DOMINGO ORDINARIO B/2006

Es a veces importante hacernos preguntas sobre nuestra religión y el modo que tratamos con ello. ¿Qué está interesada nuestra religión en, sólo en el mundo del futuro o en las cosas de este mundo? ¿Tiene religión algo para decir sobre el pan y vida en este mundo o está preocupado sólo con el cielo? ¿La religión es una materia de la realidad espiritual o material? ¿Nuestras mismas necesidades como el brezal físico y tienen hambre el interés Dios? ¿Cómo contesta él a nuestras necesidades cuando preguntamos algo? ¿Él está listo a trabajar milagros de modo que no tuviéramos que trabajar duro o espera él que nosotros cooperemos a su plan? ¿Cómo concebimos tal cooperación?

Para contestar estas preguntas, tenemos que mirar estrechamente lecturas de hoy. De hecho, la gente a menudo creía que la religión no tiene nada que ver con cosas materiales. Sin embargo, las lecturas de este domingo parecen decirnos que las cosas materiales como el pan o hambre son también un problema espiritual. La primera lectura se acerca a este tema por el acto generoso de un hombre de Baal-shalishah que, en un tiempo de hambre, dio al profeta Elisha veinte apenas panes. En vez de guardar el alimento precioso para él, el profeta lo comparte con el cien de personas que estaban con él.

El profeta toma tal decisión de fe y confianza que Dios que ha dado la oportunidad de proveer de un poco de pan en una situación tan difícil es también capaz no sólo de suministrar a las necesidades de sus personas, sino también multiplicar aquel pan de modo que pueda haber mucho alimento para todos. La intención que está detrás de este texto es enseñar Israel que su supervivencia depende de Dios solo. Esto da clases también que en privaciones y situaciones desesperadas Dios es siempre capaz de abrir hasta una pequeña ventana para dejar a un aire fresco entrar en una casa cerrada. Cuando el salmo 23 dice: “el Señor es mi pastor, no hay nada querré. Puedo yo andar por un valle oscuro, él está siempre conmigo”. La condición para esto es simple sólo, a saber confiar en su palabra indefectible y su promesa de ser con nosotros hasta el final del tiempo.

La misma confianza en Dios es detrás del gesto de Jesús en el Evangelio de hoy cuando él se multiplica cinco apenas panes y dos peces para alimentar cinco mil pueblos. El fondo de este texto nos recuerda el episodio de la maná en el desierto, donde por la intercesión de Moisés, Dios se alimentó en llenan a su gente. Del mismo modo, alimentando a la gente, Jesús se presenta como nuevo Moisés que conduce a la humanidad en un nuevo éxodo y lo dirige de la esclavitud a la libertad. Mientras el objetivo de Moisés era conducir Israel a la tierra de promesa, Jesús conduce al reino donde, como anunciado por el profeta (Es 25,6), todos tendrán mucho alimento.

Es la razón por qué Jesús alimenta la muchedumbre a fin de mostrar a la gente que el reino esperado del cielo es vigente ya entre ellos; esto por él, Dios lleva a cabo la promesa que él hizo a los profetas para tener cuidado de su gente y conducirlo a la plenitud de alegría.

Aquellos que son invitados a este reino son, en primer lugar, el pobre y el necesitado quién no puede encontrar el consuelo y ayudar, pero en Dios. A aquel Dios promete el bettering de su situación lamentable y la mejora de su condición. Tal entendimiento encuentra su fundación en el Evangelio de hoy en el hecho que el pan que fue multiplicado fue hecho de apenas. Y aún, sabemos que este era el alimento del pobre, desde el pan de trigo usado rico. De este modo, el tiempo ha venido para hacer un banquete, porque el reino donde el pobre tendrá mucho pan ha comenzado; Dios cambiará su aflicción en la alegría y su luto en el baile.

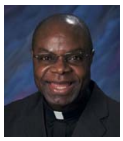
El pan que los pobres tienen en la abundancia no vendrá, sin embargo, del cielo, pero de sus hermanos y hermanas que tienen más. Jesús muestra este hecho claramente multiplicándose, no el pan que él ha producido, pero que un pequeño muchacho de la muchedumbre ha traído.

Cuando podemos ver, la intención de Jesús es enseñar a los discípulos y nosotros igualmente que es sólo cuando la gente reúne lo que ellos poseen, como capacidad o riqueza, en la disposición de su gente del mismo tipo que los problemas grandes de la humanidad pueden ser resueltos. En otras palabras, el único modo de liberar a la gente del hambre no es actuar egoístamente guardando los bienes que tenemos para nosotros, pero poniéndolos a la disposición de todos. Si no hay ningunos actos generosos de personas que ofrecen la fruta de sus trabajos para el necesitado, si no hay una buena voluntad para compartir con aquellos que no tienen, nuestro mundo cambiará apenas su cara. Podemos tener un nuevo mundo sólo cuando la gente ya no basa su relación en egoísmo e intereses propios.

¿Pero, por qué entonces compartirán los Discípulos de Cristo con sus hermanos y hermanas qué ellos poseen? Cuando San Paul dijo en la segunda lectura, la razón es que los cristianos forman una unidad, ellos son un cuerpo y tienen a un Señor, una fe y un bautismo. La unidad es fundada en el principio que toda la gente arregla una familia de los niños de Dios; ellos forman sólo un cuerpo en Cristo y son animados por el mismo espíritu. Por consiguiente, los cristianos deberían vivir en solidaridad, ayuda recíproca y complementariedad. Otra razón está en la importancia de Eucaristía para la comunidad cristiana. ¿Cómo pueden los Discípulos de Cristo romper el pan Eucarístico juntos si ellos no son primeros listo a compartir con sus hermanas y hermanos su pan material?

Déjeme terminar diciendo que aunque el reino de Dios alcance su plenitud al final de tiempo, tenemos que esperarlo, sin embargo, ahora mismo, en la tierra. Multiplicando el pan para alimentar a la gente de sus seguidores, Jesús nos enseña que la nueva humanidad, en la cual toda la gente puede satisfacer sus necesidades elementales, ha comenzado ya en esta tierra. En cualquier momento aquella gente se esfuerza por aliviar el sufrimiento y el dolor de su gente del mismo tipo, ellos esperan el reino de Dios en la tierra; en cualquier momento aquella gente borra los rasgones que fluyen de la cara del aquejado, el abandonado y el necesitado, ellos traen el cielo cerca de la tierra; en cualquier momento aquella gente lucha para erradicar la enfermedad y el hambre de la superficie de la tierra, ellos esperan el reino de Dios.

Tal declaración significa también que, aunque sea Dios que ahorra, él necesita nuestra cooperación. Él actúa por nosotros y ahorra por nosotros. La salvación viene de Dios, pero su actualización y anticipación en la tierra vienen con seres humanos. Puede Dios bendecir cada uno de nosotros y llenarnos de su Espíritu Santo de modo que nos hagamos instrumentos que él usa para traer la felicidad y la alegría de su reino a otros. ¡Pueden Dios te bendiga todos!



Fecha de Sermón: Julio 30, 2006
© 2006 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contacto: www.mbala.org
Nombre de Archivo: 20060730homilia.pdf